



EL OBRERO DE LA TIERRA

En este Primero de Mayo gritemos
con los héroes de Asturias:

¡U. H. P.!

(Unión de Hermanos Proletarios.)

Y que la acción acompañe a la palabra.

ORGANO SEMANAL DE LA FEDERACION ESPAÑOLA DE TRABAJADORES DE LA TIERRA / Redacción y Administración: Augusto Figueroa, 4. Teléfono 22216

LA FIESTA DEL PRIMERO DE MAYO SU ORIGEN, SU HISTORIA, SU SIGNIFICADO ACTUAL

Los trabajadores de la tierra que llevan mucho tiempo en el movimiento socialista, conocen, seguramente lo que la fiesta del Primero de Mayo ha sido en sus orígenes. Pero los que se han incorporado a nuestras filas durante los últimos años es posible que desconozcan algunos detalles. Por eso hemos querido, aun con peligro de incurrir en repeticiones, hacer hoy una pequeña historia para ilustración de todos.

El crimen de Chicago

La fiesta del Primero de Mayo fué, ante todo, la exteriorización de la protesta de todos los proletarios del mundo contra uno de los más horrendos crímenes cometidos por la burguesía: el crimen de Chicago, en los Estados Unidos.

El hecho ocurrió en tiempos de la Primera Internacional, cuando socialistas y anarquistas se hallaban organizados en una sola central política y sindical. Cuando unos y otros hablaban casi el mismo lenguaje y luchaban juntos contra la explotación capitalista. La batalla estaba entonces planteada por la conquista de la jornada de ocho horas. La miseria de los trabajadores de los Estados Unidos era espantosa. Se habían declarado ya varias huelgas—unas con resultado favorable y otras adverso—, pero la mayor de todas estalló en Chicago el día Primero de Mayo de 1887.

La huelga transcurría con varios incidentes y la burguesía de Chicago había lanzado contra los obreros, desde las columnas de toda la prensa de aquella gran ciudad, una campaña infame, exigiendo que se declarase al socialismo y al anarquismo fuera de la ley, y que se tratase a los líderes proletarios como forajidos. Para que nuestros lectores se hagan perfecta cuenta de los límites de indignidad que esa campaña había alcanzado, y del estado de feroz exasperación en que se hallaban los elementos reaccionarios, no tienen más que recordar las inmundicias que "A B C", "El Debate" y todos los periódicos fascistas de España vertían diariamente desde sus columnas contra los campesinos en junio y contra todos los obreros en Octubre del 34.

La noche del 4 al 5 de mayo se había convocado un mitin en la plaza de Haymarket. Iban a dirigir la palabra a los huelgistas los líderes más destacados del movimiento obrero: Spies, Parsons, Fielden. Cuando este último hacía uso de la palabra, se precipitó en la plaza un capitán de seguridad, al mando de 150 hombres, y ordenó imperativamente que se suspendiese el acto y se disolviese la concurrencia. Acto continuo, mandó cargar a los guardias, y se produjo un tumulto. En el mismo instante, cayó una bomba en medio de los guardias, estalló con horrendo estrépito y derribó muertos o heridos a sesenta. Aquello fué la señal para un ataque contra la multitud, que huía alocadamente. Los guardias ametrallaron sin piedad a hombres, mujeres

y niños. La plaza y las calles adyacentes quedaron sembradas de muertos y heridos.

La justicia burguesa

Pero la tragedia no hacía más que empezar. La gran burguesía norteamericana movilizó todas sus fuerzas para ahogar el movimiento socialista y anarquista que empezaba con tal pujanza. Para ello no vió mejor recurso que el descabezar el movimiento, enviando al patíbulo a los líderes obreros, aunque todos ellos eran completamente ajenos a los hechos de sangre ocurridos el Primero de Mayo. En lugar de investigar para descubrir al que había lanzado la bomba, y en lugar de castigar como se merecía al capitán que había atropellado a la muchedumbre, se dedicó a buscar en los escritos de los líderes proletarios aquellos textos que podían servir a una justicia encanallada para hacer un escarmiento y acallar las rebeldías de la clase obrera.

Después de un proceso vergonzoso, hecho a base de testigos pagados y de textos interpretados a capricho, fueron condenados a morir en la horca Spies, Parsons, Fischer y Engels. Sus compañeros Fielden, Neeben y Schwab, fueron condenados a cadena perpetua.

La actitud de los condenados y de sus familias no pudo ser más noble y heroica. Todos ellos se negaron a solicitar el perdón, acto con el cual se hubieran salvado de la horca. Sabedor de que millares de ciudadanos se habían dirigido al presidente solicitando el indulto, escribió Engels: "Yo, en nombre de los fueros de la humanidad, protesto contra la petición de clemencia, porque mi conciencia—tranquila e inalterable—me dice que no la necesito." Y otro condenado, Fischer, escribía: "¿Pedir perdón por mis principios, por lo que creo justo y bello? ¡Jamás!... No puedo pedir gracia, ni recibirla, sin perder el derecho a mi propia estimación." Y Parsons: "Apelar sería la humillación del esclavo ante el amo que lo tiraniza... Terminaré repitiendo las palabras de Patrick Henry: Dadme la libertad o dadme la muerte."

Y la mujer de Parsons escribía: "Antes de que él pida perdón, si de mí depende, que se deje ahorcar."

Ya frente a la horca, exclamó Spies: "¡Bienvenido, tiempo en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, que hoy sofocan con la muerte!"

Y, en efecto, la voz de aquellos héroes—socialistas y anarquistas—se escuchará por los siglos de los siglos. Su voz es la voz del Primero de Mayo. Fué tal la indignación que despertó en todo el mundo la iniquidad cometida por la burguesía de los Estados Unidos, que la Internacional se creyó en el caso de darle forma permanente, estableciendo que todos los obreros organizados holgarían ese día como protesta contra el crimen y como homenaje a los heroicos luchadores

que habían dado su vida por la causa del proletariado. Así nació la fiesta, como clarín de guerra y acto de fe en un porvenir en que la clase obrera—dueña del poder y de los instrumentos de producción—organizaría la sociedad en forma más justa y más inteligente que lo está la sociedad burguesa.

El Primero de Mayo se hace reformista

Corrieron los años, vino la separación de socialistas y anarquistas, se adueñó el reformismo de la Segunda Internacional. Entonces, empezó a degenerar el Primero de Mayo, transformándose de jornada de guerra en simple expansión anual de la clase trabajadora. Dejó de ser huelga para convertirse en fiesta. La degeneración empezó por Alemania, acostumbrada a las expansiones jubilosas con motivo de la

entrada de la primavera. En España, por causa tal vez de la celeridad patronal, mantuvo siempre cierto aspecto de afirmación de una clase social—la proletaria—, hasta la llegada de la República, el año 31. Entonces cesaron las manifestaciones y la fiesta quedó convertida en excursiones campestres. Eran los tiempos de colaboración con la burguesía.

Primero de Mayo de 1936

Este año vuelve el Primero de Mayo a adquirir su verdadera significación. El proletariado reafirmará ese día su fe en los propios destinos, su resolución de adueñarse del poder para instaurar la dictadura del proletariado, condición indispensable para transformar la estructura social y llegar a una sociedad en la que no exista más que una sola clase: la clase de los trabajadores.

Ese es el espíritu con que los trabajadores de la tierra han de celebrar este año el Primero de Mayo. La meta está cercana, la hora decisiva se acerca. Todos debemos templar nuestro ánimo para las grandes acciones en que hemos de ser actores. El Primero de Mayo de 1936 debe ser para los afiliados a la Federación española de Trabajadores de la Tierra una ocasión para afirmar en mítines, manifestaciones y escritos a los Poderes públicos, nuestras inmortales aspiraciones:

¡LA TIERRA PARA EL QUE LA TRABAJA CON SUS BRAZOS!

¡LA TIERRA, TRABAJADA COLECTIVAMENTE, PARA CUBRIR CON HOLGURA LAS NECESIDADES DE TODOS LOS CAMPESINOS!

Un Primero de Mayo marxista

El Primero de Mayo de 1936, es un Primero de Mayo marxista.

En otras fechas pasadas de esta fiesta internacional obrera, ocurría que las cuestiones del programa mínimo, es decir, de las reivindicaciones inmediatas y menores, ocupaban el único espacio en los comentarios y en la nota que las organizaciones entregaban a los poderes públicos. En cuanto al socialismo mayor, al socialismo como futura sociedad, a esta cuestión se la dedicaban sendos: recuerdos más o menos retóricos. La edificación del socialismo integral se esperaba fuera la obra de una generación no nacida todavía.

Estos eran los primeros de Mayo minimalistas, retóricos, reformistas. La impotencia del obrerismo español para dar cima a la gloriosa obra de tomar el poder era ya un tópico en la cabeza de muchos socialistas conspicuos.

Pero, de repente, las masas obreras españolas toman conciencia de su fuerza y de sus destinos y el partido socialista español comienza abandonar su vieja piel reformista, y las posibilidades de la toma del poder no para mañana mismo, pero para un mañana ya no tan lejano, toman cuerpo de día en día. El Primero de Mayo marxista, maximalista, encuentra muy retrasados a muchos socialistas, los cuales han alcanzado posiciones cómodas en la vida de relación de nuestro país. Estos socialistas se esfuerzan por frenar a las masas. Andan asustados con el curso de las cosas. Las masas campesinas toman en sus manos sus propios destinos y convierten el papeleo de los asentamientos en realidades prácticas con gran espanto de filisteos de todos los campos. Los obreros de las ciudades van a la unificación marxista. Desean construir el instrumento de la futura—y de ningún modo retórica—toma del poder político.

No hay duda, camaradas, este Primero de Mayo de 1936 no es ya un Primero de Mayo reformista, sino marxista.

Celebrémosle como tal. Celebrémosle, sin olvidar las conquistas de cada día, pero pensando en serio en el futuro. Las posibilidades de una gran etapa democrática burguesa se derriten al fuego de las masas obreras, que todos los días toman posiciones decisivas a la vista de las realidades del socialismo grande.

¡Viva el Primero de Mayo de 1936, que es ya un Primero de Mayo marxista!

A. Lagunilla Inárritu.

¡K. O.!

No basta con que hayamos hecho tambalearse al fascismo. Es preciso que le asestemos el golpe definitivo; hay que dejarlo K. O. (fuera de combate.)



Ayuntamiento de Madrid

La guerra y la revolución El nuevo rumbo del Socialismo en España

por LUIS ARAQUISTAIN

¡España no es Rusia!—nos dicen los que se alarman ante la posibilidad de que el próximo Congreso del Partido Socialista adopte la reforma del programa que presentará a él la Agrupación de Madrid—. En Rusia—prosiguen—hubo una gran guerra cuyos desastres empujaron al pueblo a la revolución al grito de paz, pan y tierra. Y en España no se ve ninguna guerra en perspectiva; por lo tanto las probabilidades de una revolución triunfante en nuestro país no son las mismas, ni mucho menos, que en Rusia.

Del tópico de que fué la guerra la causa determinante de que la revolución social estallara y triunfara en Rusia se ha abusado y se abusará de más poner de manifiesto otra vez su inexactitud.

Guerras, las ha habido siempre; que no siempre han engendrado revoluciones sociales. Guerra hubo también, al mismo tiempo que en Rusia, en Alemania y Austria, y hubo igualmente revolución; pero sólo una revolución liberal y democrática, y eso nada más que en apariencia, como lo demuestra la victoria, quince años después, del nacionalismo alemán y del fascismo vaticanista austriaco.

¿Por qué la guerra conduce en Rusia a una gran revolución social y por qué en Alemania, Austria y en Italia—no hay que olvidar la ocupación de fábricas en 1920—la guerra sólo produce una revolución que se frustra y que, por frustrarse, desemboca en el fascismo? sencillamente, porque en esos países no había partidos socialistas revolucionarios—revolucionarios, si, es la palabra, pero nada más que reformistas en la acción—, y en cambio había uno en Rusia, no muy grande, pero de suficiente voluntad

revolucionario, no sólo para tomar el Poder en la hora crítica, que eso también lo hicieron los socialistas alemanes y austriacos, sino para ejercer revolucionariamente, desarticular el ciego estado zarista y para despojar de su poder económico a la burguesía, cosa que no se hizo en Alemania, Austria e Italia. Y así les fué a unos y a otros.

Dejemos, pues, el tópico de la guerra, que se vuelve contra los mismos que lo esgrimen. Lo que ha diferenciado a esos países y lo que puede diferenciar a Rusia y a España no es la guerra ni las posibilidades revolucionarias por la presencia o la ausencia de una guerra, sino el que exista o no un partido socialista revolucionario.

En España no hay guerra, pero puede haberla cualquier día, porque será difícil que el Estado republicano pueda eludir la próxima conflagración europea, como se la eludió en 1914. No hay que hacerse ilusiones en cuanto a nuestra neutralidad. Y si estalla la guerra y España se ve envuelta, como es lo probable, en el conflicto, es preciso que aquí exista un fuerte partido socialista revolucionario, no sólo para llevar la guerra a sus últimas consecuencias revolucionarias, sino también para oponerse a la guerra revolucionariamente, como hicieron los bolcheviques en 1917.

Pero tampoco es necesario que se dé una guerra para que en un país se creen las condiciones indispensables a una revolución. No cayó la monarquía española en 1931 por efecto de una guerra, sino porque aquí también el pueblo pedía a gritos pan y tierra. Y eso sigue pidiendo. Y eso es lo que no podrá darle el Estado republicano, como no se le dió lo que pedía en Alemania ni en Austria, porque un Estado burgués no puede franquear todas las barreras materiales e ideológicas que el régimen de propiedad privada opone a sus reformas, y porque además, la crisis del capitalismo, tanto en la esfera nacional como en la internacional, hace cada día más difícil la solución al problema del paro obrero. Como que esa solución es en realidad imposible dentro del sistema capitalista.

El Estado burgués no podrá dar al pueblo español todo el pan y toda la tierra que necesita, porque eso es superior a sus fuerzas, tanto si lo gobiernan sólo republicanos como una coalición republicanosocialista o un ministerio entero de socialistas no dispuestos a una revolución social inmediata. El fracaso será igualmente inevitable en cualquiera de los casos.

Cuando ese momento llegue, no habrá más que dos soluciones: la fascista, la de los que le dirán al pueblo: "Ya veis, la República liberal y democrática no puede remediar vuestro paro, vuestra miseria, vuestra hambre. ¡Dadnos todo el Poder y haremos vuestra felicidad!" Y la socialista revolucionaria, la de expropiar, la de sustituir el Estado burgués por un Estado obrero, la de colectivizar todas las fuentes de riqueza.

Para ese momento—como para la guerra, si sobreviene—hace falta un partido socialista revolucionario. ¡Ahora no lo era suficiente. Sus elementos reformistas y revolucionarios se neutralizaban. El nuevo rumbo exige la homogeneidad en los medios y los fines. Si eso no se lograra, la alternativa fatal es el fascismo, como en Italia, Alemania, Austria, Portugal y tantos otros países donde se ha malogrado la revolución democrática por no existir partidos socialistas revolucionarios. Desmintamos el refrán de que nadie escarmenta en cabeza ajena.

habrá que empezar por formas más sencillas—cooperativas de compra de abonos, semillas y aperos, de seguros, de crédito, de consumo, etc.—para coronar la obra al cabo de algún tiempo con la de producción colectiva; que el espíritu cooperativo, sólo se adquiere con el ejercicio y la práctica de la cooperación; del mismo modo que la ciudadanía sólo es patrimonio de las democracias que ejercitan los derechos ciudadanos.

Mas es preciso también articular estas empresas cooperativas de toda índole en un organismo federativo que las relacione a la vez con las de consumo, que pueden ser sus mejores clientes y, en todo caso, para organizar la venta de productos e incluso la producción para adaptarla a las exigencias del mercado; que organice el crédito, los seguros, etc.

Nadie temía fracasar, porque quien no se propone realizar algo no fracasa y es preferible siempre el fracaso a permanecer inactivo por miedo a él que en último extremo siempre es una experiencia, una lección aprovechable.

En este Primero de Mayo, debemos proponernos trabajar todos por la colectivización del agro, en una propaganda intensa, capaz de convertir a los más reacios. Que las sociedades obreras soliciten tierras para su explotación colectiva y cuando se constituyan comunidades de acuerdo con el censo de campesinos, éstas acuerden la explotación colectiva y que en las individuales se procuren establecer formas cooperativas más sencillas y asequibles.

Actualmente tenemos ya una co-

lección de entusiastas pioneros de la colectivización agraria en muchas regiones españolas, que con sus explotaciones modelo son un ejemplo vivo, magnífico exponente de solidaridad cooperativa, que muy pronto se verán secundados por otras muchas colectividades y en poco tiempo apenas habrá una zona donde talte el ejemplo capaz de persuadir a los más reacios.

No olvidemos que en la Revolución Francesa triunfó la burguesía contra la nobleza porque de hecho la economía estaba en sus manos y la nobleza que antaño cumplía una función de tipo económico y político, se fué convirtiendo en un parásito inútil. Del mismo modo, capacitado el obrero, en sus manos la economía, que no dirigen por sí los capitalistas, si no son asalariados, obreros, empleados y técnicos, la burguesía ha terminado su misión histórica y será destruida como clase en un período breve, pese a la resistencia feroz que oponen en su agonía con las dictaduras que pretenden galvanizar un cadáver. El triunfo es nuestro, porque los trabajadores, conscientes de la misión histórica y de la responsabilidad que nos incumbe, nos preparamos cada día para merecer el triunfo. Estamos asistiendo a las últimas fases de la revolución, honda y fecunda que haya conocido la humanidad y sin olvidar que la fortaleza no se nos entregará sin lucha cruenta, al mismo tiempo que nos preparamos para vencer, en la batalla debemos estar alertados para consolidar el triunfo.

José María Soler.
Presidente de la F. de T. de la T.

En todos los pueblos de España en que haya fincas susceptibles de explotarse colectivamente, nuestras sociedades solicitarán una o más de las que consideren más aptas para hacer un ensayo. La solicitud, con su correspondiente timbre de 1,50 pesetas, se dirigirá al Instituto de Reforma Agraria, si se trata de fincas particulares y al Ayuntamiento, si son bienes comunales.

Remitida la solicitud, cosa que se hará, si ya no se hizo anteriormente, se nos enviará una tarjeta cuyos datos utilizaremos para confeccionar un fichero con el que controlaremos y estimularemos estas solicitudes.

Los datos que precisamos son los siguientes: nombre de la sociedad, pueblo, provincia, número de afiliados que tiene, nombre de las fincas que se solicitan, cabida y cultivo, propietario y domicilio de éste y entidad a la que se envió en la solicitud.

(Viene de la pág. 4.)

Así se cobraron "los rusos" las cuchufletas de los paisanos.

Cosecha de 1935: diez vagones de trigo recio. Peso específico, 81. Treinta vagones de candeal. Peso específico, 80. Siete vagones de cebada, 14.000 kilos de yeros, 3.500 de habas, 6.000 de lentejas, que vendieron a 50 pesetas; 4.000 de garbanzos y 5.000 de beza. Valor aproximado, unas 100.000 pesetas.

Hasta primeros de septiembre de 1935, la colectividad había dado en un año 5.547 jornales corrientes y unos 700 de ganancia.

Cada día que se trabaja se da un vale para que los comerciantes, seguros de la solvencia de la colectividad, canjeen como si fuera dinero. Además hay unos vales especiales de pan. Se entregan hasta para tres kilos por jornada de trabajo y los panaderos disfrutan por despachar esos vales. Los fines de mes cada tahona presenta a la colectividad la factura que suele pagarse en trigo. Es así como en poco más de un año ha mejorado la colectividad el nivel de vida de sus miembros.

Claro que ellos no están aún satisfechos y esperan desarrollar grandemente su prosperidad en el futuro.

—Quisiéramos tener una poca de huerta y, sobre todo, el ganado que daría tanto beneficio—nos dice el compañero Gil, mirando con tristeza a las cochiqueras vacías que tiene el cortijo.

He descansado un momento en el cuarto donde come el personal y se hacen las cuentas y anotaciones y se disponen los trabajos. Un retrato de Largo Caballero, recorte de un periódico obrero, vigila todo aquello con sus ojos azules, acarados y perspicaces... Es una garantía de honradez y un signo de que todo marcha debidamente.

En Gambia he visto su hermosa Casa del Pueblo. Vuelve otra vez a reconfortarme la historia de los sacrificios que costó y de las generosidades de algún compañero modesto y anónimo que compró toda su pequeña hacienda para levantarla. Me habla también de tragedias en Gambia la Grande, como sangre proletaria, derramada por los esbirros de la burguesía en homenaje a los caciques.

Todo aquello no ha sido inútil, pues de su siembra fecunda nació la colectividad. Cuando yo visité Gambia la Grande estaba Lerroux y Gil Robles en el Poder; sin embargo, a pesar de las condiciones adversas, luchando contra mil dificultades, ochenta hombres estaban allí, impertérritos, construyendo socialismo.

Después de colmarme de atenciones me separé de "los rusos". Sus fuertes apretones de manos y sus miradas enérgicas me dijeron cuán firme era entonces su voluntad de triunfar.

Ahora han cambiado los tiempos, pero los de "La Jara" están allí, en su puesto, atalayando el futuro, ofreciéndose, con todas las demás colectividades, como un ejemplo vivo que parece indicar a los campesinos: Esta es la ruta, camaradas.

RICARDO ZABALZA

Recuerdo a nuestros mártires

Recuerdo, con honda emoción aquella fecha esplendorosa de Primero de Mayo de 1931, en que todos los proletarios de España cantábamos con fervor y entusiasmo, los himnos de la libertad, a la joven República, que iniciaba con su nacimiento, una era de paz y de justicia. Aquellos cantos de las juventudes proletarias, aquellos ramos de flores y violetas que ofrecían a la tierra niña, que empezaba a dar sus primeros pasos, por las tortuosas sendas de la vida, aquellas promesas de defenderla; agotar sus energías, derramar su sangre, para conservarla sin mancha ni rozadura.

El 6 de Octubre de 1934, cuando esta misma juventud vió que Judas vendía a la República, salió a la calle dispuesta a defenderla, costara lo que costara, porque así defendía su honor, su libertad, y los intereses de una colectividad consciente. Aquella República tan querida fué arrancada violentamente por sus enemigos, y empezó un amargo calvario que casi terminó con su vida. Fué violada, escarnecida, horriblemente ensangrentada. El sacrificio de nuestros camaradas asturianos, y por encima de todas las lágrimas dolorosas de tantas mujeres presas de inmensa desesperación al ver que sus hijos, esposos o hermanos, eran desechos por la metralla o tratados como viles delincuentes.

Luchando por la tierra Los campesinos en pie de guerra

por MANUEL MARQUEZ SANCHEZ

En la disputa que está entablada en la época actual, por la posesión del importantísimo factor de la producción, tierra más enconada que nunca en nuestro país, los campesinos llevan lo mejor de la pelea.

La burguesía defiende sus posesiones desesperadamente, pero con gran desventaja.

Mejor que nadie saben los capitalistas lo que supone el poseer la tierra, por cuanto tienen por cierto que ello les permite el explotar hombres y dominar pueblos. Y con ello, acumulan riquezas que derrochan en orgías y bacanales, así como en obtener representaciones políticas para legislar en su exclusivo provecho. En una palabra, poderío absoluto para esclavizar y dominar a la gran mayoría productora.

Los terratenientes, la burguesía campesina, es un monstruo que apoderado de un elemento que no le pertenece, quiere retenerlo para perpetuar su afán de dominio y de grandeza a costa de la miseria de los productores del suelo.

Esto no puede ser. Lo monstruoso hay que destruirlo como sea, y a costa de lo que sea. Lo imponen las circunstancias y lo exigen la prosperidad, el progreso, la cultura y el bienestar de la población campesina.

Los obreros de la tierra, los que hacen producir los campos yermos y montuosos, los que con su esfuerzo y sudor fecundan y fertilizan la tierra que produce los sabrosos frutos con que sustentan todas las clases sociales, saben también lo que supone la posesión de la tierra.

Las calamidades, las privaciones, las injusticias, la miseria, persecuciones y tormentos que tienen sufridos, les dicen muy a las claras que la tierra en poder de quien no

la trabaja, constituye el principal elemento de tiranía opresora para los trabajadores del campo.

Y que, en cambio, desposeyéndose de ese baluarte, la opresión y tiranía se convierte en libertad, la miseria y privaciones en abundancia, las calamidades en alegría y bienestar, y las injusticias en paz y regocijo.

Por eso, los campesinos españoles en las actuales circunstancias, forman un ejército aguerrido y luchan heroicamente en todas partes, por la posesión de la tierra. Y en cada provincia, en cada pueblo o aldea, combaten denodadamente, libran batallas formidables contra los usurpadores de la tierra y sus esbirros.

Y con tal denuedo y entusiasmo, nuestros camaradas acometen a los enemigos que, en muchos sitios éstos se baten en retirada, dejando las dehesas abandonadas con sus cortijos, aperos y ganados inclusive.

En otros casos, los propietarios pactan con las organizaciones campesinas la entrega de la tierra, lo que supone una derrota vergonzosa para esos detentadores, puesto que hace solamente meses, al propio tiempo que desahuciaban a los pocos colonos que hubieran en las tierras, procuraban que la guardia civil fusilara a los dirigentes de esas mismas organizaciones a los que hoy entregan las que llaman sus tierras, por miedo a perder también la pelleja.

No hay duda, que ante el empuje arrollador de los campesinos, la victoria será nuestra, y en poco tiempo habremos liquidado ese monstruo burgués que detenta el principal elemento de producción, librando de la esclavitud a una gran parte de la humanidad proletaria.

Firmes y adelante, hermanos campesinos.

ración al ver que sus hijos, esposos o hermanos, eran desechos por la metralla o tratados como viles delincuentes.

Primero de Mayo, hoy todos los trabajadores en la tribuna, en las manifestaciones, en todos los actos tributamos honores a los mártires del Marxismo, recordamos Octubre, los mártires de la cárcel y el estado en que se encuentran tantos huérfanos y viudas.

Hoy, al recordar tantas vejaciones, he de mencionar a un compañero nuestro, a uno de los presos de Octubre, que compartió con nosotros las tristezas, las depresiones espirituales que abatían, a veces nuestra entereza.

Este compañero, con su voluntad, energía e inteligencia, colaboró activamente a la defensa del régimen republicano, y es amargo tener que confesar, que la República no se ha preocupado mucho de la situación de este camarada, que sacri-

ficó buena parte de su tiempo en aras de la libertad.

En honor a la verdad, he de reconocer que algo se ha hecho en favor suyo; pero creo, que no es suficiente; hay que trabajar un poco más intensamente para devolverle la paz y el bienestar que se le adeudan y al mismo tiempo, enjugar las dolorosas lágrimas de una madre que sufre amargamente.

Yo pido, humildemente, a los que puedan atender mi súplica, que se reivindique a este esforzado paladín de nuestros ideales y vuelva pronto a abrazar unos padres y hermanos, y a ocupar el sitio que le corresponde en nuestras filas para seguir luchando con más ardor que nunca y llevar a feliz término la Revolución Social.

MATEO SANCHEZ GAYA
Artá (Balears).

VISADO POR LA CENSURA

Un decreto de ayuda a los yunteros

Una vez más se ha puesto de relieve la buena voluntad que anima al ministro de Agricultura, y una vez más se ha demostrado que solo el empuje de los campesinos organizados es capaz de vencer la pereza de los organismos burocráticos.

El decreto que acaba de firmar el señor Ruiz Funes viene a justificar las peticiones que reiteradamente le ha hecho la Federación Española de Trabajadores de la Tierra. Pero llega cuando ya en numerosos pueblos, acuciados por el hambre, habían los Ayuntamientos abierto las paneras en que se guardaba el trigo depositado como garantía de las intensificaciones de cultivos.

No por eso pretendemos regatearle méritos. Si se lleva a la práctica sin entorpecimientos burocráticos, remediará muchas miserias.

Ahora bien, queremos llamar la atención del señor Ruiz Funes sobre otras paneras que también ha-

brá necesidad de abrir para calmar el hambre del pueblo, y para evitar que se destruyan grandes cantidades de trigo, mientras millares de familias no comen lo suficiente. Nos referimos a las paneras donde se guarda el trigo retirado del mercado por un ministro de Agricultura del conglomerado radical-agrario-cedista. ¿Sabe el actual ministro el estado en que se encuentra el cereal en dichas paneras?

Nosotros le invitamos a que realice una investigación a fondo en este feo asunto. Su sentido humanitario y su visión práctica de los problemas le obligarán—estamos seguros—a tomar resoluciones parecidas a la que acaba de tomar. Hágalo sin dilación y los campesinos pobres bendecirán su nombre.

¡Que sacien ellos su hambre evitando que se destruya el trigo que costó cerca de 300 millones a la Hacienda!

Contra una vil campaña Asentamientos en Alconchel

En el periódico de los farsantes de los pueblos, titulado "Trabajo", se ha publicado un suelto, que por lo que tiene de embustero y canallero es por lo que el A B C del día 17 de los corrientes, se ha dignado reproducir íntegro. Mencionado suelto, que se denomina, "Los Asentamientos de Yunteros", lo firma Domingo Seco Acuña, al que por lo visto, le darían buenos cuartos para que viniera en calidad de redactor, a pintar el problema de los que ellos llaman "Yunteros expropiados". Se dice en el suelto de referencia, que a zapateros, carpinteros, panaderos y a los de todas las diversas profesiones se han asentado, y luego, sigue y dice: que los obreros que se han expropiado, que se tienen que dedicar a leña (casualidad que se tropiezan con uno, y lo retratan). Entre las muchas galanías que dicen, con la mala intención de producir el pánico entre las autoridades, se destacan más las siguientes: que en la casa del pueblo les darian 1.000 pesetas, que cuando llegaron al Sindicato estaban los locales abarrotados de obreros expropiados y que tan pronto se dieron cuenta de que eran redactores de "Trabajo", prorrumpieron en vivas al periódico de los obreros ¡Chupa! Que le habíamos quitado la tierra a los obreros, para dársela a los vagos (de eso ya responderé). Para reforzar esa tesis, nos dan tres nombres, que oscilan entre seis y siete hijos cada uno, y eso es un cuento, tan sólo uno tiene seis, pero es entre dos mujeres, una ejemplar conducta de yuntero, que aprendió la profesión jugando al "burro" en el casino. Otro soltero, el padre tiene unas doscientas fanegas de tierra en propiedad en absoluto abandono; y falta lo más gracioso, que a la penitencia de haberle quitado las tierras, tienen que añadir los encarcelamientos tan injustos, y que si siquiera le han pagado la 1,50 pesetas que le correspondía por socorro (es que no se acuerdan que no han quedado ni clavo en pared), y allá va lo último.

¿Que todo esto es injusto por que el Sindicato no se ha metido en política?

Por lo que me toca de cerca, el asunto, al ser yo el que más de lleno ha intervenido en la confección del Censo, y demás asuntos relacionados con los asentamientos, he de decir, que no me ha extrañado ni

me extraña que apelés a todas las habilidades habidas y por haber, como es la de decir que son tantos o cuantos los obreros expropiados, cuando lo cierto es que no son más que cuatro paniaguados que, a costa de nuestra resistencia en los tres años que han pasado, se han chupado el dulce que vosotros dabais para contrarrestar, y que aparentemente llegó un día que lo conseguisteis, pero que la realidad fue la que os demostró el 16 de febrero, que a pesar de las coacciones del bienio negro no sacasteis ni las de "pelete" (mal contraste con lo de los salones abarrotados); pero lo que es intolerable, canallero y criminal, es de calificar a un pueblo entero de vagos, porque si vosotros decís que todo el pueblo está asentado, a todo el pueblo lo ponéis por vagos, y no es menos repugnante que digáis que el Sindicato no se ha metido en política, cuando en fecha tan reciente expulsasteis de sus parcelas a las dos viudas, María Díaz Cordero e Isabel Hernández, por el mero hecho de pertenecer los hijos a la "Juventud Socialista", y lo que hicisteis con Julián Macías Gómez, que después de sufrir la pérdida de una hija en la flor de su vida, por no haberla enterrado católicamente, lo desahuciasteis de su parcela. ¿Y eso es no meterse en política? ¡Ah! Pero lo que ya rebasa los límites de mi paciencia y de todos los que tengan un mediano conocimiento de lo acaecido en nuestro pueblo, es que también tengáis el cinismo de hablar siquiera de encarcelamientos. ¡Si vosotros supierais los recuerdos que a nuestra memoria vienen cuando se habla de encarcelamiento! ¿Pero es posible señores del Sindicato Católico, que siendo los verdaderos responsables de los asesinatos que el día 5 de junio hizo la Guardia civil con nuestros compañeros, verdaderos responsables de los cientos de encarcelamientos, de las palizas y martirios que con nosotros se han llevado a cabo, que os atreváis a referir siquiera una palabra de encarcelamiento?

No profundicemos más el tema, porque mi serenidad se agota, sólo quiero decir, y que sirva como promesa solemne, que de los crímenes que con el pueblo habéis cometido, responderéis ante el pueblo.

Alconchel, 23 de abril de 1936.

VICENTE HERRERA

Nuevos proyectos de ley

El ministro de Agricultura ha leído en las Cortes algunos de sus esperados proyectos.

El relativo a la Reforma Agraria empieza por derogar la ley llamada de Contrarreforma y pone en vigor la ley del año 1932 con ciertas modificaciones encaminadas a corregir las causas de su ineficacia notoria. Esas causas son principalmente el exceso de trámites para la inclusión de fincas en el inventario de la Reforma. Las modificaciones introducidas tienden a dar mayor elasticidad y rapidez a las operaciones. De la ley de Contrarreforma ha aprovechado el ministro la disposición referente a la ocupación temporal de fincas susceptibles de ser declaradas de utilidad social.

El proyecto de ley, en la forma que ha sido presentado, puede ser aprobado en un par de sesiones. Eso es lo importante, que se gane tiempo. El proyecto sobre rescate de bienes comunales llevará más tiempo y levantará, tal vez, más resistencias que la misma Reforma Agraria. Su importancia, si no le ocurre lo que a ésta en el primer bienio, es incalculable. Van a ser muchos los señores de la tierra que van a quedar, como suele decirse, desnudos. Una gran parte de la propiedad rustica es producto de la expropiación y del engaño. Los pueblos han sido siempre las víctimas de los poderosos y de los aprovechados. Ya en tiempo de los Reyes Católicos—antes del 1500—tuvieron estos que dictar una orden general para que los nobles devolviesen los bienes que habían robado a los pueblos en los últimos cien años. Cuando oigamos que algún terrateniente habla de la "sagrada" propiedad, preguntemonos, sin temor a equivocarnos: ¿será el o son sus antepasados los ladrones?

Una disposición acertada encontramos en la ley. Cuando un Ayuntamiento tiene motivos justificados para creer que una finca cualquiera perteneció al pueblo y ha sido mal habida, puede proceder a ocuparla sin más trámite. El que se crea perjudicado y con títulos justificados tiene el recuerdo de demandar al Ayuntamiento, pero éste sigue disfrutando la propiedad hasta que los tribunales dictaminen, y no puede nunca ser condenado a pagar las costas.

En cambio, le encontramos un grave fallo: el plazo que señala para el pago en los casos de que las fincas rescatadas hubiesen sido habidas de buena fe. Este defecto puede ser—y será fácilmente subsanado.

La ley sobre Arrendamientos empieza por una disposición de estricta justicia: la anulación de todos los juicios de desahucio del bienio negro. Los desahucios serán repuestos en el disfrute de las tierras que trabajan. El Frente Popular cumple así sus compromisos electorales.

Ante el Primero de Mayo Consignas de la U. G. T.

- 1.^a Castigo inflexible de los verdugos que actuaron ilegal y cruelmente en la represión del movimiento de octubre, y reparación moral y económica a las víctimas.
- 2.^a Humanización del régimen de prisiones.
- 3.^a Revisión de los ficheros policíacos.
- 4.^a Republicanización de la Magistratura, del Ejército y de la administración del Estado.
- 5.^a Revisión de la ley de Orden público y de la de Vagos y maleantes, suprimiendo en ésta la mal llamada peligrosidad social.
- 6.^a Represión implacable de la usura.
- 7.^a Disminución de rentas abusivas.
- 8.^a Extensión del crédito agrícola.
- 9.^a Derogación de la ley de Arrendamientos, promulgación de una nueva y revisión de desahucios.
10. Intensificación de las explotaciones agrícolas colectivas.
11. Rescate inmediato de los bienes comunales.
12. Reincautación de los bienes de la titulada nobleza.
13. Jornada máxima de cuarenta horas.
14. Establecimiento del control obrero en las industrias.
15. Auxilio del Estado a los Sindicatos para atención urgente a los parados forzados.
16. Construcción de viviendas urbanas y rurales.
17. Castigo del delito de envilecimiento del salario, y establecimiento de jornales mínimos.
18. Restablecimiento y revisión de la legislación social de las Constituyentes.
19. Nacionalización de la Banca y de las industrias básicas.
20. Sometimiento de la Banca a las necesidades del país.
21. Creación ininterrumpida de escuelas primarias.
22. Acceso de la juventud obrera a las aulas universitarias.
23. Enseñanza profesional y auxilio económico a la juventud que la recibe.
24. Restablecimiento de las relaciones diplomáticas y comerciales con la U. R. S. S.

Colectivización Nuestra consigna fundamental

En estos días se van a enviar a todas las secciones los reglamentos impresos para crear las cooperativas obreras agrícolas, instrumento legal, por medio del que vamos a iniciar en toda España, un amplio ensayo de colectivización.

Las cooperativas campesinas apenas tuvieron hasta hoy desarrollo entre nosotros se oponían a ello los mil intereses capitalistas que viven parasitariamente a costa del agricultor, se oponían los terratenientes feudales, los usureros, los especuladores, los comerciantes y el mezquino concepto que tienen de la propiedad los pequeños burgueses, y por último, la ignorancia y la desconfianza clásica de los propios campesinos. Todo eso, se oponía antes y se opondrá ahora—se está oponiendo ya—y todo eso habrá que vencer para llegar al logro de lo que nos proponemos.

¡Colectivización! Primero para los campos. Es un crimen parcelar las tierras de secano, para entregarlas al cultivo individual de yunteros o braceros, faltos de instrumentos de labor, que se estrellarán en el primer año de mala cosecha, para caer en brazos de la usura, y vivir eternamente como esclavos. Es un crimen parcelar los bosques y los grandes olivares y viñedos, donde pueden vivir cómodamente tantísimos braceros. Es un crimen encauzar la Reforma Agraria hacia la creación de una pequeña propiedad, fracasada ya, y comida por las deudas en el mundo entero, y que sólo puede vivir gracias a las murallas chinas del proteccionismo aduanero. Es un crimen todo eso.

La pequeña propiedad cumplió su misión. Fue un acierto en tiempos de la revolución francesa, cuando no había tractores, ni segadoras, ni cosechadoras, ni los métodos modernos de cultivo. Ahora no. La gran fábrica mató el pequeño taller. Y los campos mecanizados de América, de la India, de Australia, Sub Africa, y sobre todo, Rusia, han hecho ya imposible la competencia en todos los mercados internacionales. Y eso para un país eminentemente agrícola, como el nuestro, tiene una importancia enorme. La colectivización realizada por medio de las formas cooperativas, ofrece la posibilidad única de modernizar nuestra agricultura y multiplicar su rendimiento, abaratándola enormemente, y elevando a la vez el nivel material y moral de nuestros campesinos. Son demasiadas ventajas para que renunciemos a ellas.

La Reforma Agraria en España, ha de tender hacia la colectivización de los campos, y a resolver, dentro de las normas cooperativas, los grandes y graves problemas de nuestra producción agropecuaria: el problema del trigo, el de la uva,

el del arroz, el de la remolacha, el de la naranja, el de la crisis carbonera y maderera, el del ganado y la leche.

Todo lo que no sea llevar la Reforma Agraria por esos cauces, será conducirla a un seguro fracaso en el porvenir.

¡Colectivización! En todos los pueblos donde haya un campo extenso y una sociedad campesina, y un grupo de hombres dispuestos a trabajar cooperativamente, hay que hacer el ensayo de la colectividad. ¡Tropezamos con muchas dificultades, fracasaremos, de momento, en algunos sitios, pero triunfaremos en los más, como hemos triunfado ya allí, donde hicimos el ensayo en buenas condiciones. El resultado final será colocar a nuestra Agricultura a la cabeza del mundo y el librar para siempre a nuestros campesinos de la miseria en que viven.

Ni lo uno, ni lo otro, puede lograrse parcelando los campos. Cada parcela se encerraría entre el cuadro de sus mojoneros, donde, sin medios suficientes, se esclavizaría trabajando con las uñas para malvivir una familia entera, y el egoísmo exacerbado y el espíritu más conservador se difundirían por los campos, malogrando todo avance moral y material. El que cayera enfermo o tuviera alguna desgracia, se las arreglaría como pudiese, el que sacara una parcela mala, tendría el remedio de abandonarla y de emigrar, y el bracero que quedase sin tierra, ese tendría que emigrar forzosamente, igual que el exceso de población nace en las aldeas, ya que la tierra no se puede fabricar ni aumentar su rendimiento, más allá de ciertos límites, cuando se la trabaja individualmente.

Por el contrario, la colectivización cooperativa, ofrece ya resueltos de antemano estos problemas. La colectividad puede aumentar su producción, hasta el límite máximo que la ciencia agrícola moderna permita, puede salvaguardar los intereses de los enfermos, de las viudas, de los huérfanos; deja siempre margen a la soluciones que pueda necesitar en el día de mañana un aumento de población rural, puede aumentar el bienestar de todo el país por el abaratamiento de los productos y mantener la competencia con el extranjero, y solidarizando los intereses de los campesinos, ha de llevarlos a organizar colectivamente todas sus actividades—el crédito, explotación y venta, las industrias rurales, el mutualismo, etcétera—, cuyo pleno funcionamiento es sencillamente el socialismo integral.

¡Primero de Mayo de 1936! Allí donde haya un grupo de campesinos organizados, ha de flamear nuestra bandera roja con un mandato concreto: ¡Colectivización!

Koljosianos de Vorochilov Obsequio a esta Federación

Entre los emigrados que acaban de volver estos días de Rusia hay un campesino, el camarada Martín Yerro, de Casalarreina (Rioja) que nos ha traído un obsequio, un banderín rojo, que envía a los campesinos revolucionarios españoles el koljos de Vorochilov. Aprovechamos la oportunidad de recibir tan estimable recuerdo para interrogar a Yerro sobre la vida campesina en la tierra de los soviets.

—El de Vorochilov es un koljos relativamente pequeño—300 miembros—formados por la reunión de dos koljoses menores que se dedican al cultivo de los cereales. El kolnadería vacuna y caballar. El koljos Vorochilov está cerca de la ciudad del mismo nombre, llamada antiguamente de Lugans.

—Fuimos a visitar el koljos un grupo de 50 españoles. La aldea nos obsequió espléndidamente con una comida típica de la región, música a cargo de los jóvenes koljosianos, un mutin e infinitas preguntas que nos planteamos los españoles y los rusos uno a otros.

—La sed de saber que muestran aquellos compañeros rusos es algo extraordinario, sobre todo los jóvenes. A mí me abrumaron materialmente de preguntas. Me hicieron más de 200. Cómo vivíamos aquí, cómo trabajábamos, cuánto producía cada obrero, cómo eran los burgueses, si interveníamos o no en política, si creíamos en Dios...

—Al preguntarle si había allí gente religiosa, nos contestaron: "Aquí tenemos un pope (cura). Un día se marchó y ya no volvió más. Se conoce que no vivía contento entre nosotros."

—El koljos está enclavado alrededor de una vieja aldea, pero que va desapareciendo bajo las nuevas edificaciones de un progreso arrollador. Hay escuela y organización juvenil, partido comunista, una sala de reuniones y el consabido sonet. Como en toda Rusia destacan en la vida de la aldea los jóvenes, que son el nervio de toda su actividad productiva y espiritual.

—Lo que más preocupa a estos koljosianos es el movimiento stajnovista, que consiste en esa especie de competencia amistosa entre todos los obreros de Rusia por alcanzar y superar ciertas marcas de producción. Los trabajadores, si guen apasionadamente, como si fuera un juego deportivo, el proceso de su trabajo y el de toda la nación. Saludan con entusiasmo los records alcanzados. Los equipos y obreros que se destacan en esta grandiosa competencia colectiva son considerados como héroes nacionales, reciben condecoraciones, se organizan fiestas y viajes en su honor, sus nombres y retratos se hacen populares en toda la inmensa República de los soviets, igual que ocurre entre nosotros con los toreros, atletas y artistas más famosos. Con la diferencia de que el deporte burgués no sirve más que para hacer olvidar al pueblo su miseria y esclavitud, mientras el movimiento stajnov (el nombre viene de un minero que lo inició) impulsa a todo el país ruso, singularmente a los jóvenes, por un camino que se traduce en un aumento enorme de la producción, y con ella el bienestar y la alegría de la nación entera. El Estado ayuda este movimiento poniendo a su

disposición sus mejores técnicos y especialistas para que recojan las experiencias de todos, aplicando luego los mejores métodos en la nacionalización del trabajo que marcha ya a un ritmo verdaderamente fantástico.

—Lo que más resalta a nuestros ojos es el esfuerzo que han hecho los soviets para mejorar la vida y la cultura de los campesinos. En los años malos la gente emigró a las ciudades. Ahora han vuelto la mayoría al campo. Apenas quedan analfabetos. Entre los jóvenes no hay ninguno. Los caminos de la Universidad no están cerrados para nadie. La instrucción dejó de ser un privilegio de ricos para convertirse en un derecho que pueden alcanzar todos los que son estudiosos e inteligentes. El ingeniero agrónomo que dirige el koljos es hijo de unos campesinos de la aldea. Hay varios otros jóvenes de este koljos que estudian en los institutos agrícolas.

—Estos institutos son muy interesantes. Tienen campos de experimentación muy extensos, laboratorios y todo lo que hace falta para aprender prácticamente la profesión de agricultor. Los muchachos que salen de estas escuelas son unos verdaderos técnicos.

—Otra cosa muy notable en Rusia son los que llaman allí estaciones de tractores. Son grandes depósitos, verdaderos pueblos, donde hay máquinas perfeccionadas, tractores, combines (cosechadoras), depósitos de semillas, abonos, etcétera. Estos elementos se alquilan o venden a los koljoses, y en estas estaciones, que también tienen talleres de muchas clases para arreglar las máquinas, aprenden los jóvenes campesinos el manejo de ellas y muchos otros conocimientos que les dan sobre agricultura.

—La confianza en el régimen soviético es enorme. Nadie piensa en que se pueda volver al pasado. Aquellas izbas (chozas) miserables, aquellos cosacos armados que pegaban a los campesinos y aquellos popes que los engañaban y vivían a costilla de ellos, toda la vida esclava de la época del zar, se consideran ahora como un mal sueño que tuvieron los rusos y que ya pasó para siempre. La educación que reciben es internacionalista y los rusos sienten las luchas de los trabajadores de los otros países especialmente de los españoles, como si fueran propias.

—Las mujeres y los hombres tienen los mismos derechos y deberes.

—El recuerdo más grato que traigo de la aldea fue la entrega de la bandera. Esto que está escrito aquí en ruso dice: "Proletarios del mundo, uníos", y en la dedicatoria castellana: "A los campesinos revolucionarios españoles, los koljosianos de Vorosilov". Muestran cómo aquellos camaradas se preocupan de nosotros. Nos la dió solemnemente un viejo campesino diciéndonos: "Queremos que esta bandera sea un símbolo en las luchas de los campesinos españoles". Yo les contesté que nosotros sabíamos hacer honra a aquella bandera y a la confianza con que la depositaban en nuestras manos. Y aquí os la traigo. A ver si la paseamos triunfante dentro de poco por los koljoses españoles...

Futuro programa agrícola del Partido Socialista

"Expropiación, sin indemnización, de todas las tierras y fincas rústicas pertenecientes a la nobleza, al clero y Ordenes religiosas; abolición de los latifundios y entrega inmediata a los campesinos de las tierras, ganados, útiles, aperos de labranza, maquinaria, etc., que obren en poder de los propietarios antedichos, a fin de que sea ejercida su explotación, bien individual o colectivamente."

Devolución a los Municipios de todos aquellos bienes comunales que fueron expropiados por caciques y logreros, y beneficiación de los mismos en interés del pueblo, bien por usufructo arrendado a obreros agrícolas o por explotación mancomunada.

Anulación y abolición de todas las cargas que pesan sobre la pequeña propiedad campesina (foros, "rabassa morta", mandas, legados, hipotecas, arriendos, etc.)

Los fines exclusivamente docentes y benéficos que estuviesen atendidos por la rentabilidad o por la mala propiedad de esos legados, mandas, anfitusis, etc., serán tomados a cargo del Estado, quien podrá, en caso necesario, unificar uno o varios servicios con los que hubiere establecido o los mismos entre sí.

Visión del colectivismo Los rusos de Gabia la Gran- en los campos de España de o el triunfo colectivista

El presidente de la Federación Española Milagros de la fe socialista de unos
de Trabajadores de la Tierra opina: campesinos españoles

Actualmente la explotación en gran escala de los secanos y regadíos extensivos, lejos de ser un capricho, obedece a un imperativo de la economía; porque sólo en una gran explotación es posible el empleo de la maquinaria adecuada, que ahorra trabajo; el establecimiento de alternativas de cosechas que permitan la asociación armónica de la ganadería y el aprovechamiento de la fertilidad de la tierra al máximo, todo lo cual se traduce en una reducción de los precios de coste, etc. Pero mientras estas grandes fincas estén en poder de sus propietarios, jamás podrá lograrse una utilización de las mismas que permita el máximo rendimiento económico, y sobre todo, los problemas sociales de todo orden no podrán solucionarse; subsistirá el sometimiento político de los campesinos.

El gran propietario, individualista acérrimo, considerando su explotación como una economía cerrada, sin ningún impulso de transcendencia social, sólo se preocupa de obtener la mayor renta o beneficio con la menor aportación o esfuerzo personal posible. Por eso es lo corriente que el gran propietario prefiera entregar sus tierras en arrendamiento, para no tener que hacer otra cosa que percibir anualmente el canon fijado y con preferencia a un sólo arrendatario, porque además de su mayor solvencia económica, es más cómodo tratar con él que tener que entenderse con muchos pequeños arrendatarios.

Cuando—rara vez—se decide a cultivar por su cuenta, llevado del mismo feroz individualismo, procura hacer un cultivo extensivo que exige en ellos capacidad y esfuerzos y capital y mano de obra, provocando con ello el paro, una oferta excesiva de trabajo, el consiguiente envilecimiento de los salarios. En los años buenos obtiene magníficas cosechas, junto con clima favorable en tierras sometidas a esta forma de cultivo por no estar aprovechadas sus reservas al máximo, la producción es excelente; pero en los años malos, la cosecha es mínima. Consecuencia de esto, es una curva de producciones que oscila hasta límites extremos y que impide cualquier intento de organizar la producción para acomodarla a las necesidades del mercado.

Con frecuencia, el empresario agrícola en gran escala, por carecer del numerario preciso, lleva a límites extremos la explotación extensiva, limitándose a un aprovechamiento ganadero deficiente cuando podrían obtenerse en esas mismas tierras óptimas cosechas y mantener

mayor número de cabezas al mismo tiempo.

Ese mismo individualismo y su integral incapacidad, le impide organizarse debidamente para luchar con ventaja contra sus proveedores de ganado, de maquinaria y de abonos, que son sus explotadores, y mucho más para organizar la producción adecuándola al consumo con resultados desastrosos, sobre todo para el pequeño productor, que es quien principalmente, por su menor resistencia económica sufre las consecuencias de la caída de los precios.

En resumen: el gran propietario sólo quiere su propiedad para vivir sin hacer nada, o lo menos posible, y para esclavizar al obrero campesino, haciendo de él un miserable y cotizando "su" tierra para tenerlo sometido políticamente a fin de que las leyes que se elaboran, continúan manteniéndolo en su irritante posición de privilegio. Por eso, en nuestro país, de economía casi exclusivamente agraria, cualquier reforma de tipo político o social no podrá consolidarse si no se destruyen estas grandes concentraciones de la propiedad territorial, que sirven para dominar políticamente al campesinado y que le mantienen en una situación de desesperada miseria.

Solución cumplida a todos estos complejos problemas no puede lograrse más que con la socialización previa del suelo para sustraerlo al mercado y la consiguiente colectivización de las explotaciones agrícolas, atemperando ésta en su extensión y profundidad al ritmo que las circunstancias de medio y el espíritu cooperativo de los campesinos impongan. Sin precipitaciones ambiciosas que obliguen como en Rusia a retroceder para empezar de nuevo; pero sin desmayos ni desesperanzas fuera de lugar; convencidos todos de que éste es el único camino viable para organizar nuestra agricultura sobre bases racionales.

Se dice con tanta insistencia como ligereza que el obrero campesino español es refractario a la empresa colectiva, por tener un temperamento de exacerbado individualismo, y esto es totalmente falso. Lo que ocurre en la realidad es que el campesino que sólo asimila los hechos, las realidades concretas que percibe en su torno, como no tiene la experiencia ni el ejemplo de las empresas colectivas, apegado a la rutina, no concibe más que aquello que está acostumbrado a ver.

En otros tiempos se dieron for-

mas de explotación colectiva en el campo español y el propio Costa recoge noticias de lo magníficamente que se vivía en aquellos medios y se hace lenguas de la paz y de la felicidad de los campesinos que explotaban en común las tierras.

Todavía en algunas regiones españolas quedan vestigios de estas formas de explotación que bastan para persuadirnos de que no hay ninguna incapacidad de tipo temperamental para el colectivismo en cuantos medios rurales, pues hay campesinos en estas zonas que labran tierras, explotan sus ganados y realizan sus aprovechamientos forestales en plan colectivo, como la cosa más natural del mundo.

Una prueba evidente de que sólo las circunstancias del medio, la costumbre y el modo de vida, son las que determinan en el campesino una mayor o menor predisposición para enrolarse en la obra colectiva nos la da el hecho siguiente: entre los braceros, unidos en una veterana sociedad de resistencia es más fácil hacer una colectividad que entre los pequeños propietarios, arrendatarios o yunteros. Los primeros, con un sentido de clase más desarrollado, que han luchado juntos en huelgas y conflictos hasta exponer por el bien colectivo, el empleo o el jornal, nace un sentido de la solidaridad más acentuado y al sacrificar en aras de la organización su propia conveniencia del momento van labrando en su conciencia una tendencia de tipo social que les predispone y les capacita para las empresas cooperativas. Por el contrario, el pequeño cultivador independiente, encastillado en su explotación, sin vínculos de unión con sus iguales, sufre una exacerbación de su individualismo y es más refractario a la cooperación.

Todo marxista sabe que la economía manda en las costumbres, en la organización política de los núcleos sociales e incluso en las ideas, y como la economía nos dice que la explotación en gran escala es más perfecta, incluso esos pequeños propietarios, como ha ocurrido en Rusia, tendrán que unirse un día, romper las lindes de sus minifundios, poner en común sus tierras, sus aperos y sus ganados para explotar colectivamente y librarse así de la esclavitud que supone la explotación de la pequeña parcela de secano, con medios escasos y anticuados y forzados a unos métodos de cultivo irracionales, todo lo cual se resume en un precio de coste elevado; del mismo modo que el antiguo zapatero inde-

(Continúa en la pág. 2.)

En el fondo de mi cartera de viaje encuentro unos papeles, notas de cosas vistas al pasar, que aguardan una hora desocupada para convertirse en artículos periodísticos. Entre ellos hay unos apuntes que tienen un especial interés. Se refieren a la colectividad de "La Jara", "los rusos de Gabia la Grande", como llaman sus paisanos a estos ochenta koljosiños andaluces.

El compañero Manuel Gil, el animador de esta colectividad, me visitó en Granada para que fuera a conocer el cortijo colectivo. Mientras el taxi recorre los ocho kilómetros que separan a Gabia la Grande y luego los doce que faltan de Gabia hasta el cortijo, el compañero Gil me refiere con su simpático acento andaluz la historia de un médico cuyo nombre adorna una calle de su pueblo y que, en lucha abierta contra el caciquismo local, logró, pasando por encima de sórdidos egoísmos y empujándose él en gestiones y más gestiones, traer a Gabia la Grande el agua corriente y acabar con el tifus endémico que diezaba la población. Parece mentira que haya seres razonables que puedan oponerse a estos beneficios, pero los caciques no son personas razonables, y aquella lucha duró catorce años hasta que el médico benefactor, poco antes de morir, venció en la cruzada por la salud del pueblo. El temperamento meridional de Gil se exalta recordando la batalla absurda, sintiendo en ella quizá el reflejo de sus propias luchas.

Después de rodar por la carretera, nos hemos metido por un carril subiendo y bajando por las ondulaciones de un extenso campo segado. A un costado vemos los barbechos cuidadosamente preparados para la próxima sementera. Estamos ya en "La Jara", en tierras de la colectividad: cuatrocientas seis hectáreas de buena labor y una hermosa casa cortijo.

El 31 de agosto de 1933, se fundó la filial de arriendos colectivos de la Sociedad matriz "La Libertad". Había quebrado el cortijero de "La Jara" y se planteaba al dueño un problema. La colectividad hizo su propuesta. Si le daban facilidades se quedarían con el cortijo y todos sus elementos de cultivo y trabajos realizados: 20.000 pesetas en barbecheras, yuntas y aperos. Una fortuna para los desamados miembros de la colectividad.

Las negociaciones para el contrato duraron quince días. Los caciques estorbaban cuanto pudieron, pero al fin se hizo el traspaso en

buenas condiciones: diez años de contrato y 18.500 pesetas de renta anual.

La primer sementera de cebada, trigo y habas, se hizo en diciembre de 1933 y enero de 1934. Hubo que sufrir un verdadero calvario para realizarla. Nadie quería fiarle la semilla, y cuando intentaron conseguir un préstamo entre todos los miembros de la Sociedad y sus simpatizantes, sumaron en conjunto un líquido imponible de 1.500 pesetas, ¡nada! Así, la semilla que obtuvieron tardamente fue cara y mala. Pero se sembró. "A pan y berza". Algunos, ni eso. Los caciques, los mismos caciques que lucharon contra el médico, o sus dignos retoños, miraron con malos ojos desde el principio a la colectividad y ellos fueron los que desdenosamente les pusieron el mote que ahora llevan con orgullo los colectivistas del cortijo de "La Jara". Fuera de la finca, ya no hubo trabajo para los miembros de la colectividad. "Ya tenéis bastante con lo vuestro"—les decían socarronamente los caciques, viendo que allí no cobraban un céntimo—. Y como piadosa medida sacaron de la beneficencia a cincuenta de ellos "porque ahora ya no sois probes".

Esta lucha sórdida rebajó los efectivos de la colectividad de 128 a 80, que aguantaron valientemente. A las burlas de los caciques y de sus propios compañeros descreídos se encogían de hombros y seguían trabajando.

—Cuando la escarda—me dice Gil—, la mayoría venían sin capacho y a la hora del almuerzo se perdían por los barrancos para no verse en la vergüenza de decir que no tenían comida o en la necesidad de tener que quitar a los demás compañeros algo de sus cuatro escasos mendrugos...

Después de mil súplicas y entrevistas con el propietario, la colectividad logró con su garantía un préstamo de 30.000 pesetas que se invirtieron casi totalmente en el pago de la obligación que se tenía con el mismo propietario!

La cosecha fue regular. A fuerza de trámites y gestiones, movilizándose amistades y aguzando el ingenio, lograron los de la colectividad vender sus productos a un precio remunerador: 100 fanegas de lentejas a 27 pesetas—los demás agricultores no sacaron más de 25 pesetas—y 14 toneladas de yeros a 30 pesetas el quintal.

Con todo, se pagó a todo el mundo, menos mil pesetas que perdió la colectividad en este su primer ejercicio. El año siguiente sería me-

jor. La adversidad y las burlas habrían fundido en un solo bloque a la colectividad entera. Durante el año se habían preparado magníficamente las barbecheras. Al cumplimiento de todas las obligaciones colectivas les abrió el crédito de los comerciantes ambiciosos de aprovecharse de los negocios que ofrecían unos hombres que pagaban tan bien. En el otoño hubo tres vagones de abono fiados y buena semilla de trigo de regadío recio y seleccionado. La sementera de 1934 a 1935 se hizo normalmente. Yo llegué cuando estaban terminando de recogerla. En una parte de la era comían cinco pares de mulas, conducidas por otros tantos zagales que las arreaban desde los trillos. Más lejos aventaban el grano doce compañeros.

—¡Hermoso trigo!

—Sí, señó... Ha engordao asín de la satisfacción de haber cresido sin amo.

El cortijo está limpio y ordenado. Es un buen edificio. Los graneros desbordan del trigo recogido, y en otros departamentos se almacenan los garbanzos y las semillas de baza y yeros.

—¡Si tuviéramos cien ovejas!—dice el compañero Gil, obsesionado por su idea de ampliar la productividad del cortijo, asociando la agricultura a la ganadería—. Todavía no puede ser, porque no hay dinero para comprar el rebaño, y el que se dispone hay que gastarlo para atender necesidades más urgentes: los jornales, las yuntas. En la era he visto dos mulas soberbias, las mejores, según me han dicho, de aquel contorno; una cosa de amor propio de la colectividad. Como al principio carecían de dinero, tenían que comprar el ganado más ruin. Y esto desató la chunga de los labradores, cuando veían un jamego que apenas podía tenerse en pie, le decían al que lo llevaba: —¿Por qué no se lo vendes a "los rusos de La Jara"? Allí están haciendo colesión par museo.

—Anda, te lo pagarán bien.

Y los "rusos" se enteraron un día de que en Motril vendían unas mulas que eran algo serio. Y allí se fueron, viniéndose con ellas para pasearlas por las narices de los chunguistas.

—¡Y cómo prosperan estos mardinos!

—Y lo que farta..., vamo. ¡Como que vas a tené que vení toos a comprá mulas en er criadero que vamo a poné mu pronto.

—Le vamo a llamá "Er Pasmó".

(Continúa en la pág. 2.)

